

## La Ciudad Dispersa

suburbanización y nuevas periferias



Artículos e información tomada de [www.cccb.es](http://www.cccb.es)

Este seminario "*La ciudad dispersa. Suburbanización y nuevas periferias*" se celebró en el aula 2 del Centre de Cultura Contemporànea de Barcelona entre los meses de febrero y abril de 1996. Publicaremos dos ponencias por número a partir del actual.

Los fenómenos de la suburbanización y la dispersión se abordan aquí desde distintas perspectivas y poniendo el acento en aspectos diversos, aunque estrechamente vinculados entre sí. Por un lado, las visiones más territoriales y metropolitanas consideran las dinámicas de expansión urbana y descentralización, enfatizando los aspectos estructurales de tipo económico, social y político. Otras aportaciones se plantean, en cambio, desde la dimensión medioambiental, poniendo de manifiesto la incidencia de dichos fenómenos en los ecosistemas urbanos, dada la ocupación indiscriminada de suelo y la des-estructuración de los sistemas naturales inherente a los mismos. El papel del planeamiento urbanístico y la ordenación del territorio se considera, por último, en las intervenciones más interesadas en las posibilidades de controlar unos procesos que, en los últimos años, conocen una aceleración más que notable, no sólo en el mundo anglosajón sino, también, en nuestras ciudades y conurbaciones urbanas mediterráneas.

## introducción

***Suburbanización y nuevas periferias. Perspectivas geográfico-urbanísticas*** □  
*Fco Javier Monclús (ED)\**

**«¡Las zonas suburbanas ya son más grandes que las ciudades!»**

J. L. Sert, 1942

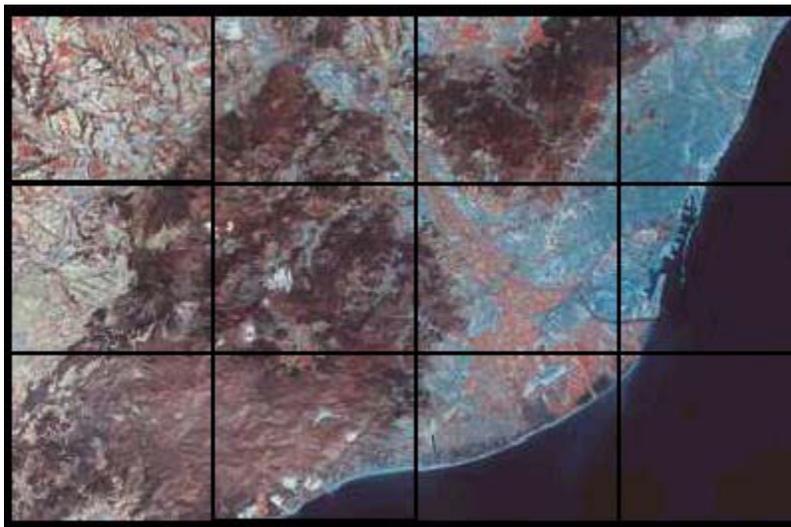
**«¡El hecho más contundente del urbanismo del siglo XX ha sido la creación de un nuevo tipo de ciudad descentralizada!»**

R. Fishman, 1994

El interés por los procesos de suburbanización y la eventual «disolución» de la ciudad compacta tradicional en una ciudad cada vez más dispersa y fragmentada resulta ya una constante en la reflexión urbanística de las últimas décadas. Cuando, en 1942, uno de los protagonistas y portavoces del nuevo urbanismo funcionalista — Josep Lluís Sert— advertía de la entidad del fenómeno suburbano, se refería fundamentalmente a las grandes metrópolis norteamericanas y recogía ya toda una preocupación anterior centrada en ese problema. El hecho de que sólo recientemente se haya planteado de forma generalizada en las ciudades europeas lo que ya había sido objeto de intenso debate al otro lado del Atlántico no deja de ser significativo. En realidad, una buena parte de la discusión actual retoma, a veces casi con los mismos argumentos, la reflexión de la literatura anglosajona que se desarrolla, sobre todo, en los años cincuenta y sesenta. La proliferación de neologismos para referirse a las nuevas realidades urbanas o metropolitanas ya no se dirige exclusivamente a las ciudades anglosajonas y es sintomática de la percepción de esas transformaciones en toda la cultura urbanística europea. Si las últimas generaciones de suburbia han podido calificarse de «ex-urbs», «outer-cities», «edge cities», etc. (Fishman, 1987; Garreau, 1991), también en la Europa «continental» y mediterránea se habla a partir de los años setenta de «ciudad difusa», «metápolis», «hiperciudad», etc. y se comienza a considerar obsoleto o limitado el mismo término de área metropolitana, al mostrarse incapaz de dar cuenta de las nuevas situaciones urbanas y territoriales (Indovina, 1990; Ascher, 1995; Corboz, 1995).

En cualquier caso, las visiones más apocalípticas que anuncian la «desaparición» o el «fin de la ciudad» no parecen corresponderse con la vitalidad generalizada que muestran la mayor parte de las áreas urbanas centrales, sobre todo en el contexto europeo. Más adecuado resulta hablar de la aparición de un nuevo tipo de ciudad descentralizada coherente con los nuevos procesos sociales, económicos, tecnológicos y culturales (Fishman, 1994). Para algunos, esto significa que el modelo anglosajón y, en concreto, norteamericano se va imponiendo inexorablemente en otras ciudades. Visiones a veces excesivamente deterministas y fatalistas que llegan a identificar ese modelo tendencial con el caso extremo de Los Ángeles, olvidando la diversidad de las metrópolis norteamericanas y menospreciando la especificidad de las europeas. Por el contrario, otros estudiosos consideran que las diferencias entre ambos modelos urbanos son tan sustanciales que invalidan los tópicos intentos de comparación o de utilización de aquellas referencias como punto de partida o de llegada de nuestras realidades urbanas más próximas. Visiones más voluntaristas estas últimas desde las cuales se tiende a minusvalorar la metamorfosis que nuestras ciudades experimentan en los últimos años. En particular, la idea genérica de la «ciudad mediterránea», como sinónimo de compacidad, densidades relativamente altas, mezcla de usos y diversidad, ya no encuentra una correspondencia clara con nuestras aglomeraciones urbanas y metropolitanas. Pues, sobre todo en las grandes ciudades, solamente el núcleo o núcleos centrales de las mismas conservan dichos atributos.

El hecho es que muchos de los sustanciales cambios que se observan en las ciudades europeas «recuerdan» a los que ya se habían producido en las norteamericanas hace algunas décadas. Si nos referimos únicamente a algunos parámetros de tipo demográfico, no cabe duda de que las distancias son todavía muy notables, sobre todo en lo que se refiere al «vaciamiento» de las áreas centrales con el formidable reforzamiento de los C.B.D. (Central Business District), a pesar de la descentralización de una parte del terciario en las famosas «Edge Cities». Sería efectivamente bastante forzado establecer paralelismos mecánicos con los procesos de pérdida de población que sufren los centros europeos dada la entidad de sus cascos históricos y la importancia relativa de la residencia en un área considerable en torno a los mismos. Pero la ciudad europea no debe ser idealizada y si los centros son —todavía— muy diferentes, como también los son los suburbios tradicionales, no es tan fácil distinguir ya las «nuevas periferias» de cualquier gran ciudad, incluso del sur de Europa, de las de otras de Estados Unidos. El predominio de las bajas densidades tanto en áreas residenciales de vivienda unifamiliar como en las agrupaciones de vivienda colectiva apoyadas en diversos sistemas de infraestructuras viarias y dotadas de extensos espacios libres está en la base del fenómeno de la dispersión suburbana. Pero ese fenómeno va asociado también a la descentralización y al carácter cada vez más extensivo de las nuevas áreas industriales, los parques vallados de oficinas, los equipamientos deportivos y de todo tipo, universidades, aeropuertos e implantaciones civiles o militares, centros comerciales, instalaciones técnicas cada vez más devoradoras de espacio, etc. (sin contar usos «semiurbanos» como vertederos, canteras, embalses, invernaderos plásticos...). Piezas cada vez más autónomas que se yuxtaponen en forma discontinua y entre las cuales proliferan espacios intersticiales, vacíos urbanos y «terrains vagues», lo que produce un efecto final de descenso generalizado de las densidades brutas. Un espacio urbano fragmentado y disperso en el que se pueden distinguir zonas destinadas a distintos usos y con diferente contenido social, desde los guetos y bolsas de marginalidad hasta los más excluyentes conjuntos residenciales o áreas de centralidad. El creciente protagonismo de esos nuevos paisajes suburbanos resulta innegable: al menos hay que reconocer que, como ya advertía J. L. Sert, son cada vez mayores, ocupan mucho más espacio en relación a lo que todavía estamos acostumbrados a identificar con las «ciudades» propiamente dichas.



**Barcelona**

Si se tienen en cuenta, por ejemplo, el aumento generalizado de la movilidad urbana o el exponencial incremento de las superficies ocupadas, habremos de convenir que estamos asistiendo a una aceleración muy notable de procesos ya iniciados hace tiempo. La descripción de esos fenómenos no varía demasiado y se constatan paralelismos notables al comparar las dinámicas de suburbanización de las distintas ciudades europeas. Sin embargo, las interpretaciones de las causas de esos procesos oscilan entre los que asocian las transformaciones, básicamente, con un cambio de escala territorial de los fenómenos en cuestión y los que, por el contrario, las entienden como final de un largo periodo e inicio de un nuevo «ciclo urbano». Estarían pues, por un lado, los más «continuistas» que consideran las tendencias a la descentralización vinculadas a los cambios en la estructura urbana y en la tecnología como un proceso progresivo que daría lugar a la fragmentación espacial en nuevos ámbitos metropolitanos cada vez mayores; y por otro, los que, partiendo del concepto del «fin del ciclo fordista» y del comienzo de otro nuevo «postfordista», atienden a las coherencias de las nuevas lógicas productivas con las transformaciones urbanas en curso.

Aunque no hay por qué considerar las visiones anteriores como hipótesis excluyentes, el acento que se ponga en una u otra interpretación de los procesos recientes de suburbanización implica un grado diferente de «novedad» de dichos fenómenos. Porque si se tratara de un cambio de escala territorial, no estaríamos sino ante una prolongación de los mecanismos más o menos clásicos de descentralización que también en las ciudades europeas tienen una larga tradición. Desde la segunda mitad del siglo XIX, las industrias y una parte de la residencia de las clases medias se habían ido desplazando hacia la periferia, en busca de espacio y huyendo de la congestión de las áreas centrales. Un proceso que va estrechamente ligado a la dinámica de crecimiento de cada ciudad, así como a la disponibilidad y características de los medios de transporte. De esta manera, podríamos hablar de comportamientos similares en las distintas ciudades aunque con los desfases lógicos derivados de los diferentes ritmos de incremento de los niveles de ingresos y motorización (Johnson, 1974; Jackson, 1985; Hall, 1988). En cambio, si la aparición de las «nuevas periferias» se pone en relación con el cambio en las condiciones productivas o en factores técnicos y culturales propios de un nuevo «ciclo posfordista», las interpretaciones tenderán a enfatizar los aspectos más novedosos y de ruptura con los viejos modelos urbanos (Ascher, 1995; Corboz, 1995). Las últimas innovaciones tecnológicas unidas a complejos cambios de carácter económico y social estarían dando como resultado una ruptura generalizada en las pautas de localización de prácticamente todos y cada uno de los elementos que componen las aglomeraciones urbanas por distintas que éstas sean. Tanto en Norteamérica como en Europa estaríamos asistiendo de forma más o menos simultánea a la aparición de nuevos paisajes suburbanos.

De todos modos, conviene precisar mínimamente los términos del debate, ya que existe bastante confusión debido a la utilización algo contradictoria de cierta terminología. Probablemente esa confusión conceptual está relacionada con las diferentes escalas a las que se observa el fenómeno. Mientras algunos se refieren a la descentralización metropolitana, otros atienden más estrictamente a la «dispersión suburbana», es decir, a las características físicas del crecimiento propio de las áreas de transición urbano-rurales. Así, resulta importante diferenciar los aspectos más estructurales ligados a la dinámica de las aglomeraciones metropolitanas de los rasgos espaciales de la dispersión del crecimiento. Es con esta última acepción que podemos asociar la idea de la «ciudad dispersa» como resultado de los procesos de suburbanización, un término que goza de gran tradición tanto en la literatura anglosajona como en la de los estudios italianos o españoles sobre el tema (Precedo, 1996). Fenómeno, este último, que puede darse también en torno a núcleos urbanos de menores dimensiones y que responde a la noción anglosajona de «sprawl» o a ciertas acepciones de la «rurbanisation» y «périurbanisation» de la literatura francesa, muy presente también en los estudios de los geógrafos españoles (Whyte, 1957; Bauer, Roux, 1974; Dezert et al., 1991; Valenzuela, 1986). En ese sentido, resulta interesante destacar la importancia de toda una serie de aportaciones sobre las ciudades francesas en investigaciones llevadas a cabo en los últimos años. Su situación actual en relación a los procesos aquí analizados puede considerarse intermedia entre los estadios más avanzados de las ciudades anglosajonas y los de las ciudades europeas más «latinas» o meridionales. Se puede mencionar, por ejemplo, el resultado de un estudio reciente sobre veintidós ciudades francesas: entre 1950 y 1975, la población se duplica mientras que la superficie aumenta un 25%; entre 1975 y 1990 ocurre lo contrario, al aumentar la población sólo un 25% y doblar la superficie (Clement, Guth, 1995). No parece que, a la vista de estos datos, se pueda seguir manteniendo la idea tradicional de una contraposición intemporal entre los modelos anglosajones y latinos.

Desde esa perspectiva, tampoco se puede minusvalorar el fenómeno en el caso de la mayor parte de las grandes ciudades italianas y españolas que pierden población en las áreas centrales debido a su desplazamiento hacia las periferias metropolitanas en proporciones nada desdeñables. Para dar unas cifras redondas, ese desplazamiento de población de las áreas centrales a las nuevas periferias metropolitanas supone entre 10.000 y 20.000 habitantes al año en Madrid o Barcelona, respectivamente. Pero mucho más decisivo resulta el proceso de dispersión física, como consecuencia de la exponencial ocupación de suelos suburbanos con promociones residenciales de baja densidad, de la descentralización de las industrias y de ciertos equipamientos, etc. Algunos datos referidos a esos procesos son suficientemente significativos: a pesar de cierta contención en los últimos años, se calculan unas 1.000 has. anuales ocupadas por usos «urbanos» también en esas dos ciudades. Se constata así la caracterización fundamental de los nuevos procesos de suburbanización en unas ciudades en las que no sólo el centro tradicional sino también los suburbios de los años cincuenta y sesenta se habían configurado mediante una expansión «vertical» y densificadora, por un desarrollo relativamente compacto. Esa es todavía la imagen que se tiene del suburbio que se conforma en las ciudades europeas durante el último gran ciclo de crecimiento demográfico y urbano (1945-1975). En cambio, las nuevas periferias aparecen en un nuevo contexto de crecimientos débiles o de estancamiento demográfico. La fractura que se produce entre esas densidades tradicionales —de entre 150 y 300 viv/ha— en los «polígonos» y colmataciones residenciales de esos años, frente a las de las nuevas periferias actuales —

bastante inferiores a las 75 viv/ha que permite la legislación—, resulta un fenómeno general en las ciudades meridionales. Incluso en los nuevos «polígonos de manzanas» o «nuevos ensanches populares» madrileños, las densidades suelen estar por debajo de las 60 viv./ha, mientras las áreas ocupadas por la edificación pueden resultar inferiores al 30% del suelo urbanizado (López de Lucio-Hernández Aja, 1995). Además, si se consideraran las densidades «brutas» (incluyendo no sólo la superficie de viarios y espacios libres «generales» sino también espacios intersticiales de todo tipo), la sensación de disolución generalizada de la edificación sería todavía mayor. Por otro lado, la proporción de viviendas unifamiliares respecto al total experimenta un considerable aumento en los últimos años, siendo espectacular en algunas ciudades. En la Región Metropolitana de Barcelona, por ejemplo, pasan del 22,4% en 1985 al 39,5% en 1993 (Mancomunitat de Municipis AMB, 1995).

Todas esas cuestiones están relacionadas con la de los ritmos o los «tiempos» de la suburbanización, que se corresponden a su vez con las nuevas formas dispersas. En realidad, el último ciclo, que es el que da lugar a los nuevos «territorios del automóvil» en las ciudades europeas, resulta claramente coherente con la modificación de las pautas de movilidad que se traduce en un incremento exponencial de la misma en los últimos años (Dupuy, 1995). Se constata así que esa inflexión de los niveles de motorización viene a coincidir sensiblemente con el nuevo ciclo de urbanización, caracterizado por un estancamiento o ralentización del crecimiento demográfico y la expansión territorial de los usos urbanos. Y esa alteración de las tendencias anteriores resulta quizá más acusada en las ciudades meridionales (Monclús, Oyón, 1996). Como muestran los datos sobre el incremento espectacular del parque de vehículos y el declive relativo del transporte público en casi todas las ciudades, aquellos procesos, que hace unos años resultaban casi ajenos a las ciudades del sur de Europa, están en consonancia clara con unas transformaciones que no por específicas dejan de tener muchos elementos en común con los que han configurado desde hace tiempo las ciudades anglosajonas.

En los artículos que forman parte de esta publicación, resultado de un ciclo de conferencias desarrollado en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona entre febrero y abril de 1996, coexisten diversas nociones sobre los procesos de suburbanización. Esa diversidad de puntos de vista puede resultar un tanto sorprendente cuando se trata de abordar una cuestión en principio tan «específica» como son los procesos de suburbanización. No es fácil, desde luego, etiquetar el tipo de reflexión en el que se inscribirían las aportaciones que presentamos: ¿geografía histórica?, ¿historia urbana?, ¿estudios urbanos? A estas alturas, no parece necesario insistir en la necesidad del diálogo multidisciplinar, aunque aquí el número de disciplinas representadas sea, todavía, bastante reducido (no hay, por ejemplo, ninguna aproximación sociológica ni antropológica, perspectivas también claves para explicar la suburbanización). En cualquier caso, podríamos agrupar las aportaciones en tres bloques correspondientes a tres tipos de problemas que focalizan los análisis efectuados. Estarían, en primer lugar, las visiones más territoriales y «metropolitanas» a cargo de tres geógrafos que se han dedicado largamente a este tipo de estudios. El primer artículo (G. Dematteis) constituye una reflexión sobre la naturaleza de los procesos de suburbanización en las ciudades europeas a partir de la consideración de las distintas dinámicas de expansión urbana y descentralización, entendidas como fenómenos estructurales. El análisis pone en cuestión las distinciones tradicionales entre modelos de suburbanización anglosajones y latinos y se basa en las transformaciones experimentadas en las áreas urbanizadas de la «Padania» centro-occidental. Otro trabajo (O. Nel-lo) explora los mecanismos y las consecuencias de un proceso paradójico, por el cual la ciudad pierde sus límites en relación al territorio circundante pero, a la vez, se convierte en una realidad cada vez más fragmentada desde el punto de vista social y administrativo. Se analiza así la proliferación de líneas divisorias y de fronteras en las aglomeraciones urbanas contemporáneas, con los diversos problemas que ese fenómeno comporta, y se argumenta en favor de un proyecto colectivo que permita controlar el crecimiento urbano difuso. A continuación (J.E. Sánchez) se efectúa un análisis sobre las transformaciones experimentadas por la región metropolitana barcelonesa, centrándose en un estudio más específico sobre los cambios en los sistemas productivos durante las últimas décadas y su eventual repercusión en la naturaleza de la expansión urbana. Una aproximación en la que destaca la aceleración de esas transformaciones y su relación con las nuevas condiciones de accesibilidad metropolitana.

En un segundo bloque se incluyen dos artículos a cargo de sendos especialistas interesados en las relaciones entre los procesos de suburbanización y el medio físico. El primero (S. Rueda) plantea la incidencia de dichos procesos en la pérdida de complejidad de los ecosistemas urbanos, prolongando la reflexión que Ripa di Meana y otros han efectuado en el trascendental Libro Verde del Medio Ambiente Urbano de la Unión Europea (1990). Recogiendo diversos datos sobre la Región Metropolitana de Barcelona, se pone el acento en las repercusiones de la ocupación indiscriminada de suelo en la desestructuración de los sistemas naturales y en el empobrecimiento general de la ciudad entendida como ecosistema. El siguiente trabajo (F. Pellicer) analiza el

ciclo del agua en las ciudades de la red C-6 (Barcelona, Valencia, Zaragoza, Palma, Toulouse y Montpellier), posibilitando una visión comparada de un tema que tiene especial incidencia en el funcionamiento de los sistemas urbanos y que constituye uno de los aspectos más críticos en la gestión de los nuevos espacios periurbanos.

El último bloque reúne otras tres aportaciones que tratan diversas cuestiones relacionadas con el papel del planeamiento urbanístico y la ordenación del territorio. La primera de ellas (F.J. Monclús) se centra en las concepciones y las estrategias urbanísticas asociadas de forma más o menos explícita a las distintas generaciones de planes urbanísticos y territoriales de las ciudades españolas tomando como referencia el caso de Barcelona. Se constata así la permanencia de ciertas nociones básicas como la contención del crecimiento periférico y la descongestión de las áreas centrales que, sin embargo, se incorporan de distintas maneras y con distintos instrumentos en la formulación del planeamiento urbanístico. En el segundo artículo de este bloque (R. López de Lucio) se explican las tendencias a la configuración de una región urbana dispersa en el área de Madrid. El papel de los distintos planes y las políticas territoriales recientes sirven aquí de eje conductor del trabajo. Por último (N. Portas y A. Domingues) se analiza el caso de Oporto y la región urbana del norte de Portugal. Un área metropolitana atípica en la que se observan tendencias contradictorias hacia la configuración de un conjunto de interrelaciones urbanas y territoriales de naturaleza singular en relación a otras experiencias europeas.

Una de las primeras conclusiones que se pueden deducir de este tipo de enfoques es la de la necesidad y la utilidad de las visiones procedentes de distintas disciplinas, a pesar de las conocidas dificultades del diálogo «transdisciplinar» (comenzando por la misma diversidad terminológica). La combinación de las perspectivas «geográficas» con las «urbanísticas», ambas entendidas en un sentido francamente amplio, permite abordar el tema en un entorno más adecuado que el estricto de geógrafos, biólogos o arquitectos que son los propios de cada una de las disciplinas aquí representadas. Es significativo, de todos modos, que las diferencias en las valoraciones más o menos favorables o críticas con los fenómenos analizados, no se den únicamente en función de la especificidad de los puntos de vista adoptados. Así, los aspectos más positivos de las «nuevas periferias» son resaltados desde un punto de vista sociogeográfico y no ya arquitectónico como resulta más habitual (Ingersoll, 1996). En lugar de la habitual celebración del desorden metropolitano asociado a las teorías del caos que priman en determinada cultura arquitectónico-urbanística, prevalece la consideración de los eventuales efectos favorables de cierta descentralización como la aportación de centralidad a áreas periféricas o la posibilidad de un mayor contacto con la naturaleza. Y las visiones más críticas, centradas en los costes económicos, sociales y ecológicos de la «nueva suburbanización», no son patrimonio de los ecólogos sino que también forman parte de la cultura geográfica y urbanística más actual. Todo ello, si bien no se deduce exclusivamente de las aportaciones aquí reunidas, sí se refleja de una manera u otra en las mismas y constituye el fondo de la discusión actual desde los puntos de vista propuestos.

Un tipo de publicación como la presente no pretende dar respuestas acabadas y menos efectuar propuestas de cara al tratamiento de los procesos de suburbanización. Se trata sobre todo de problematizar, antes que de pontificar. Aunque ello no significa renunciar a esbozar posibilidades y a plantear claramente los peligros de unas tendencias que respondan únicamente a la lógica del mercado. No se encontrarán aquí las posturas indiscriminadamente «metropolitanistas» ni, en el otro extremo, tampoco las visiones antiurbanas de los «reductos ruralistas». Pero es importante advertir que la generalizada reclamación de una reconsideración de las virtudes de la ciudad compacta tradicional no forma parte únicamente de los sueños nostálgicos de algunos sino que también convergen en ella muchos otros intereses y puntos de vista: desde el citado Libro Verde hasta la heterogénea coalición californiana formada por entidades conservacionistas, ciudadanas y financieras (como el Banco de América, el mayor del Estado) que ha elaborado un importante informe significativamente titulado *Beyond Sprawl: New Patterns of Growth to Fit the New California* (Más allá del Sprawl: nuevos modelos de crecimiento para la nueva California). Lo que interesa destacar aquí es que tanto en los documentos de carácter más o menos institucional, como en las aportaciones académicas procedentes de distintas disciplinas, se parte de la necesidad de proceder a una evaluación realista de los beneficios y costes ocasionados por esas «nuevas periferias» que están transformando nuestras ciudades como condición básica para superar el nivel de la discusión actual en la que, frecuentemente, se trata con excesiva superficialidad un tema que resulta extraordinariamente complejo. Sólo de esa manera, y antes de que sea demasiado tarde, se podrá desarrollar con rigor el imprescindible debate sobre los «modelos» de ciudad que nos interesan.

## Bibliografía

- Ascher, F., *Métapolis, ou l'avenir des villes*, Éd. Odile Jacob, París 1995.
- Bauer, G., Roux, J. M., *La rurbanisation, ou la ville éparpillée*, Éd. du Seuil, París 1976.
- Boeri, S., Lanzani, A., «Gli orizzonti della città diffusa», *Casabella*, núm. 588 (1992).
- CEE, *Libro Verde del Medio Ambiente Urbano*, Bruselas 1990.
- Clement, P., Guth, S., «De la densité qui tue à la densité qui paye. La densité urbaine comme règle et médiateur entre politique et project», *Les Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 67 (1995).
- Corboz, A., «L'ipercittà», *Urbanistica*, núm. 103 (1995).
- Dezert, B., Metton, A., Steinberg, J., *La périurbanisation en France*, Sedes, París 1991.
- Dupuy, G., *Les Territoires de l'automobile*, Anthropos-Economica, París 1995.
- Fishman, R., *Bourgeois utopias. The Rise and Fall of Suburbia*, Basic Books, Nueva York 1987.
- «Space, time and sprawl», *A.D.*, vol. 64 (1994).
- Garreau, J., *Edge cities*, Anchor Books, Nueva York, 1991.
- Hall, P., *Cities of tomorrow. An intellectual history of urban planning and design in the twentieth century*, Basil Blackwell, Oxford 1988 (trad. cast. en Ed. del Serbal, Barcelona 1996).
- Indovina, F. (ed.), *La città diffusa*, Daest, Venecia 1990.
- Ingersoll, R., «Tres tesis sobre la ciudad», *Revista de Occidente*, núm. 185 (1996).
- Jackson, K. T., *Cragbrass Frontier. The suburbanization of the United States*, Oxford-Nueva York 1985.
- Johnson, J. H. (ed.), *Suburban Growth. Geographical processes at the Edge of the Western City*, John Wiley, Londres 1974.
- López Lucio, R., Hernández Aja, A., *Los nuevos ensanches de Madrid. La morfología residencial de la periferia reciente 1985-1993*, Ayuntamiento de Madrid, 1995.
- Mancomunitat de Municipis AMB, *Dinàmiques metropolitanes a l'àrea i regió de Barcelona*, MMAMB, Barcelona 1995.
- Monclús, F. J., «Ciudad dispersa y ciudad compacta. Perspectivas urbanísticas», *D'Humanitats* (en prensa).
- Monclús, F. J., Oyón, J. L., «Transporte y crecimiento urbano en España (mediados s. XIX-s. XX)», *Ciudad y Territorio-Estudios Territoriales*, núms. 107-108 (1996).
- Precedo, A., *Ciudad y desarrollo urbano*, Síntesis, Madrid 1996.

Sert, J. L., *Can our cities survive?*, 1942 (versión catalana: *Poden sobreviure las nostres ciutats?*, Generalitat de Catalunya, Barcelona 1983).

Valenzuela, M., «Los espacios periurbanos», en Asociación de Geógrafos Españoles, *IX Coloquio de Geógrafos Españoles* (1985), Universidad de Murcia, 1986.

Whyte, W. H., «Urban Sprawl», en Whyte, W. H. (ed.), *The exploding metropolis*, (1957), Univ. of California Press, Londres 1993.

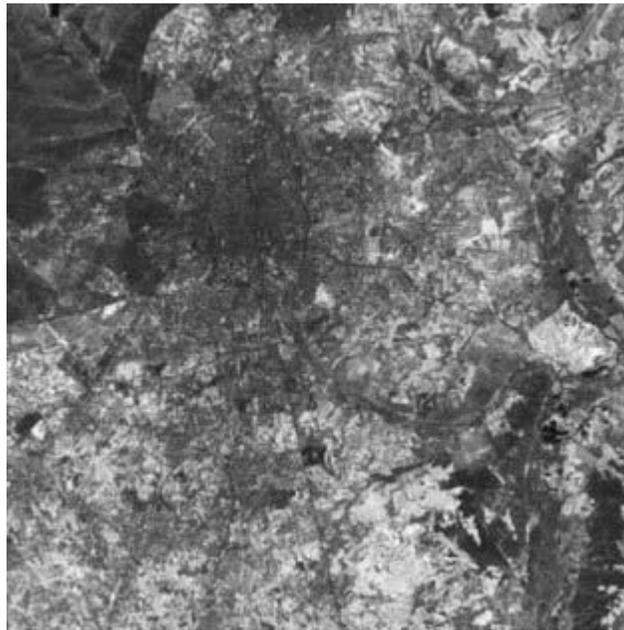
---

## 2

### **Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas** □ *Giuseppe Dematteis\**

Los recientes procesos de periurbanización y de difusión reticular de la ciudad («ciudad difusa») están dando origen a periferias urbanas de un tipo muy distinto de aquellas que se han formado en Europa desde la revolución industrial hasta la década de 1960. Estas nuevas periferias son el resultado de profundos cambios en las estructuras territoriales urbanas (desurbanización, contraurbanización), en las tecnologías de la comunicación y de la información (telemática), en la organización y en la regulación social (posfordismo), que han transformado a los países industrializados a partir de finales de la década de 1960.

Con la periurbanización y la «ciudad difusa» los modelos de la suburbanización de tipo latino-mediterráneo y de tipo anglosajón, que durante mucho tiempo han seguido caminos diferentes, tienden ahora a converger en un modelo único común a toda Europa de «ciudad sin centro» de estructura reticular, cuyos «nodos» (sistemas urbanos singulares) conservan y acentúan su identidad a través de procesos innovadores de competición y cooperación. Las nuevas periferias parecen así destinadas a convertirse en la verdadera metrópoli, hecho que se refleja también en una mutación de las imágenes de las periferias mismas, de una negativa propia de la ciudad fordista a otra positiva característica de la ciudad difusa posfordista. Todo ello tiene además importantes consecuencias para las modalidades del gobierno y de la planificación urbana, las cuales deben apoyarse también en conexiones de tipo reticular entre los actores públicos y los privados.



**Madrid**

#### **I. Suburbanización: el modelo histórico latino-mediterráneo y el anglosajón**

Según una opinión general, la periferia suburbana sería un modelo anglosajón, una forma de asentamiento típica de la Europa septentrional que, sólo recientemente, se habría extendido a la Europa mediterránea. Si bien es cierto que en los últimos cien años el modelo anglosajón ha influido en las formas de la expansión urbana

mediterránea, hay que recordar que cada una de estas dos civilizaciones urbanas ha tenido en el pasado modalidades de suburbanización propias, muy diversas. Y, tal como veremos, esta diversidad reaparece actualmente en las matrices territoriales de la periurbanización.

En Europa, la ciudad mediterránea tradicional se caracteriza por su compacidad y por la neta separación entre paisaje urbano y paisaje rural. Este fenómeno no depende sólo de motivos de defensa sino, más en general, del hecho de que la sociedad urbana (la *civitas*) ha marcado durante milenios su distinción de la rural también en términos físicos, concentrándose en la *urbs*. La distribución de elementos urbanos en el territorio (castillos, monasterios, ferias y mercados, lugares de culto e incluso universidades) con los centros correspondientes de poder es en cambio un rasgo originario de la civilización germánica y anglosajona que sólo durante la Edad Media penetró en cierta medida en el área latina mediterránea, así como en el mismo período, y particularmente en la época bajomedieval, algunos rasgos típicos del modelo concentrado meridional se impusieron en la Europa central y septentrional. En cambio, la diferencia en el habitar quedó bastante marcada a largo plazo: en edificios de varios pisos en el modelo latino y en casas uni o bifamiliares con pequeño jardín en el modelo anglosajón, aquel que ya Thomas Moro indicaba como tipología única y óptima para las 54 ciudades de la isla de Utopía. También hay que tener en cuenta que la relación de fuerte dependencia económica social y cultural del campo respecto de las ciudades, presente en casi toda el área mediterránea, no se encuentra del mismo modo en el resto de Europa occidental, donde durante la época moderna tuvo lugar la formación de una burguesía empresarial agrícola y artesanal también en los pueblos. La misma «revolución industrial» nace, como es sabido, en tanto que fenómeno extraurbano.

Todo esto no significa, sin embargo, que la burguesía urbana mediterránea ignorara la vida suburbana. Muy al contrario: aquella costumbre de dividir el tiempo entre la *domus* (urbana) y la *vila* (rural) que en la Antigüedad romana era propia de las familias patricias o muy ricas, se convierte, en el medioevo, en una costumbre difundida también entre los estratos sociales medios. Censos del siglo xiv muestran que en ciudades como Génova, Florencia y Perugia casi todos los propietarios de casas urbanas tenían también una casa y un predio rural. Datos análogos aparecen para ciudades como Marsella, Montpellier y Toulouse.<sup>1</sup> Giovanni Villani escribía que, en 1350, Florencia estaba rodeada por «seis mil habitáculos (*abituri*) ricos y nobles que, de juntarlos, hubieran hecho dos Florencias» y, además, siempre en la campiña suburbana, «tienen quintas de recreo los comerciantes, y los artesanos más viles y vulgares». <sup>2</sup> Villani y otros tras él, como Leon Battista Alberti, explican también el fenómeno, no tanto en términos de amor hacia la naturaleza (como sucederá después con el romanticismo) sino como evasión frente a los condicionamientos sociales de las ciudades, como búsqueda de la libertad en un ambiente agradable. Para decirlo con palabras de Lewis Mumford: «aislarse del mundo como un monje y vivir como un príncipe: estos son los objetivos de los primeros suburbios». <sup>3</sup> Unos hábitos que duraron hasta el inicio de nuestro siglo.

De este modo, en el área latina la vida suburbana tradicional es una expresión de la dependencia del campo cercano respecto de la ciudad. Es un fenómeno difuso, pero que sigue siendo rural, en el sentido de que está basado en «segundas residencias» que son también predios rústicos, es decir, unidades de producción agrícola, donde trabajan aparceros o jornaleros. Es una suburbanización sin expansión de la ciudad. Crea aquello que E. Sereni llama el «*bel paesaggio*»<sup>4</sup> que es un paisaje rural creado por la ciudad: una especie de gran jardín productivo.

En los países anglosajones, en los que la dependencia del campo respecto a la ciudad cercana era bastante menos acentuada, la suburbanización es más reciente, en tanto que deriva de la expansión urbana consiguiente a la revolución industrial. Una expansión como esta se extiende en forma de mancha de aceite con el acceso de las clases medias y obreras a la vivienda individual, aislada o en hilera, y estallará con el acceso de las mismas clases a la propiedad del automóvil. Con todo, esta suburbanización no será de tipo rural, sino una invasión de los espacios rurales por parte de la ciudad, que incluirá, conservándolo, algún elemento, como el verde de las arboledas, de los pequeños jardines, de los parques existentes.

Tenemos así dos modelos típicos de expansión suburbana. En el mediterráneo tradicional, muy precoz, la ciudad física (la *urbs*), hasta el final del siglo xix no se dilata mucho más allá de las viejas murallas, mientras la sociedad urbana (la *civitas*) coloniza el campo circundante a través de un vasto radio y transforma su paisaje, que, con todo, sigue siendo rural. En el anglosajón, más tardío, la *urbs*, en cambio, se dilata junto con la *civitas*: el paisaje urbano sustituye al rural precedente y recrea en su interior algunos de sus elementos. En el primer caso, lo suburbano es el «jardín» de la ciudad; en el segundo, es la «ciudad-jardín». Ciertamente, se trata de

tipos ideales con muchas variedades regionales, especialmente en el área mediterránea, donde, por ejemplo, la permanencia de estructuras agrarias latifundistas (en la Italia y en la España meridionales) produce variantes significativas. Cuando, en el siglo xx, las grandes ciudades mediterráneas inicien también su expansión incontrolada, seguirán al hacerlo el modelo *funcional* anglosajón de las periferias dormitorio, manteniendo sin embargo la tipología *formal* de la vivienda en altura y, por consiguiente, la gran densidad edilicia y demográfica de los viejos centros. Hasta fechas relativamente recientes, la expansión urbana será por lo tanto más contenida, más densa y más compacta. Se mantendrá además la separación entre campo y ciudad, pero se irá perdiendo la vieja simbiosis entre la ciudad y las aldeas y los villorrios cercanos, basada en la pequeña propiedad agrícola de ciudadanos en régimen de tenencia directa o en aparcería.

## II. Desurbanización, contra-urbanización y periurbanización desde la Europa noroccidental al mediterráneo

El proceso de suburbanización de las ciudades europeas occidentales sufre un cambio considerable a partir de finales de los años sesenta. No sólo los núcleos centrales de las grandes ciudades comienzan a perder población, sino que también las «coronas» suburbanas comienzan a ralentizar su crecimiento hasta el extremo de que, hacia los años setenta, en muchos grandes sistemas urbanos tanto los núcleos como las coronas entran en una fase de desurbanización, presentando pérdidas conjuntas de población. Algunos estudiosos como P. Hall, P. Chesire, L. Van den Berg, R. Drewett y otros<sup>5</sup> ven en estos cambios las fases sucesivas de un «ciclo de vida urbano» que, iniciado con la concentración de la población en el núcleo central o *core* (*urbanización*), proseguiría luego con el crecimiento de las «coronas» o *ring* (*suburbanización*), pasando entonces al declive demográfico (*desurbanización*) y a la espera de una hipotética recuperación del núcleo central (*reurbanización*).

Las ciudades europeas de los años setenta y ochenta, en conjunto, parecen seguir la trayectoria que va de la suburbanización a la desurbanización, aunque en momentos diferentes: primero las de la Europa noroccidental y más tarde las de la Europa mediterránea,<sup>6</sup> en las que las «coronas» periféricas siguen extendiéndose en las viejas formas de mancha de aceite hasta los años ochenta y, en algunos casos, aunque con cierta aminoración del ritmo, hasta la actualidad.

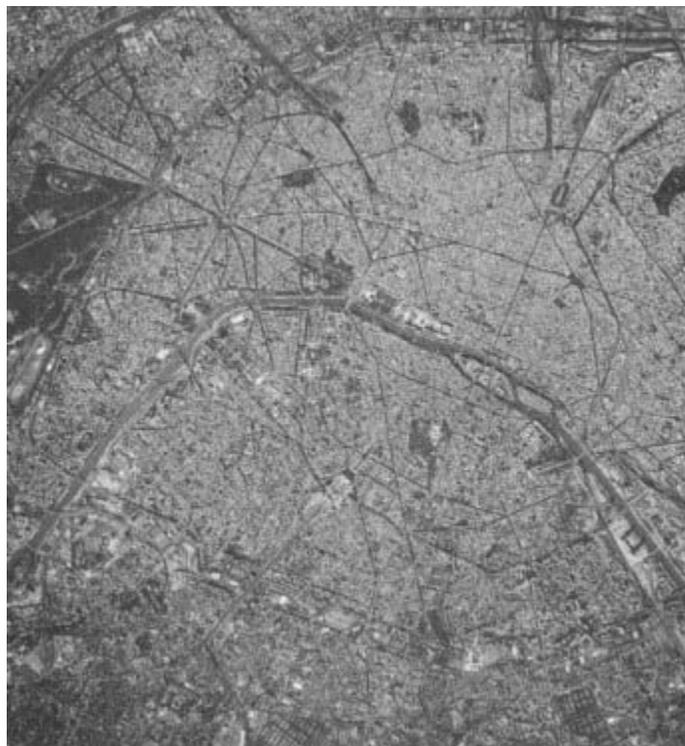
En el ínterin se manifestaba un fenómeno paralelo y en parte relacionado con la transición demográfica negativa de las grandes ciudades: el crecimiento generalizado de los centros urbanos menores o incluso los rurales, tras un largo período de declive o, si se quiere, de crecimiento menos fuerte respecto al de las ciudades medias y grandes. Este fenómeno, que ya había sido descrito en los Estados Unidos por B. Berry con el nombre de *contraurbanización*, caracterizó a buena parte de la Europa occidental entre los años setenta y primeros años ochenta. Aquello que lo distinguía de una simple dilatación de las coronas urbanas era el hecho de que los centros menores en recuperación demográfica se distribuían más allá del radio de influencia o de la pendularidad de las grandes ciudades. Una desconcentración tal era relevante a escala de las grandes regiones y de países enteros, incluyendo a las zonas más alejadas de los polos metropolitanos. Por ejemplo, en Italia, durante el período de la máxima concentración urbana (1958-1964), tan sólo el 24% de los municipios italianos experimentó un crecimiento demográfico, mientras que en los años 1968-1980 los municipios en crecimiento pasaron a ser el 55%, distribuidos un poco por todas partes.<sup>7</sup>

Entre los años 1980 y 1990, este proceso de desconcentración urbana continúa, pero en la forma más selectiva de una «desconcentración concentrada».<sup>8</sup> La geografía de las variaciones demográficas más recientes revela la presencia contemporánea de dos dinámicas positivas diferentes. La primera (que en la literatura francesa sobre el tema se denomina periurbanización) consiste en la recuperación de la polarización urbana que ahora, en cambio, se manifiesta como dilatación progresiva de las coronas externas y de las ramificaciones radiales de los sistemas urbanos con una reducción tendencial de los residentes en los núcleos centrales. Este fenómeno se observa casi por todas partes, aunque en las regiones más desarrolladas (como son, en Italia, el Norte y parte del Centro) los campos de polarización urbana se superponen y yuxtaponen a expansiones reticulares no polarizadas, dado lugar a una vasta zona urbanizada continua.

La segunda dinámica se manifiesta en aquellas formas de expansión urbana *independientes de los campos de polarización de los grandes centros*, que en Italia se indican con la denominación de «ciudad difusa». Estas

tienen como soporte el crecimiento de las estructuras de asentamiento reticulares en forma de mallas más o menos tupidas. Cuando estas mallas se corresponden con las de la trama de los municipios, o con tramas aún más menudas, este tipo de crecimiento origina áreas de relativa densificación urbana extensas y compactas, como las de la llanura lombardo-veneciana en Italia<sup>9</sup> o de la región del curso bajo del Rin en el «corazón» de Europa.

De la combinación de estas dos dinámicas se derivan tres tipos morfológicos: la *periurbanización*, la *difusión reticular* y la *superposición de ambas*. La mera periurbanización puede interpretarse como la situación de desarrollo más débil, en la cual el crecimiento depende sólo de las funciones de servicio (y eventualmente industriales) de un polo urbano dentro de un contexto regional relativamente pobre tanto en servicios como en actividad productiva. La difusión reticular («ciudad difusa») es característica de los tejidos mixtos residenciales y productivos (industriales, terciario-productivos, agro-industriales, turísticos) derivados ya sea de dinámicas endógenas del tipo «distrito industrial» ya sea de la descentralización metropolitana de amplio radio. Se trata de realidades a menudo muy dinámicas, caracterizadas por actividades de nivel cualitativo y territorial medio y medio-bajo. Allí donde estos dos tipos se suman, aparecen las áreas metropolitanas (monocéntricas o policéntricas), es decir, los contextos territoriales favorables al desarrollo de niveles industriales y terciarios más avanzados. El hecho de que las áreas metropolitanas de este tipo estén presentes sobre todo en las regiones europeas más desarrolladas y estén prácticamente ausentes en las «periféricas» mediterráneas (el Sur italiano, la España meridional y occidental, Grecia) indica el agravamiento de los desequilibrios territoriales. Además, la estrecha dependencia entre desarrollo territorial y los grandes ejes de comunicaciones hace presumir que la integración de estos últimos en el sistema europeo tenderá a marginar ulteriormente a las periferias mediterráneas, en tanto que menos aventajadas por los efectos positivos de esta integración.



**París**

Hay que hacer constar, no obstante, que las formas del desarrollo periurbano y difuso-reticular que caracterizan a las regiones más desarrolladas presentan graves debilidades desde el punto de vista territorial y medioambiental. En la mayoría de los casos se presentan como formas de desarrollo no sostenible a medio-largo plazo, en tanto que grandes consumidoras de suelo y de energía, fuentes de contaminación del aire y del agua con unos costes de infraestructuras y de gestión de los servicios destinados a crecer rápidamente a partir de umbrales de densidades relativamente bajos.

Especialmente en las regiones mediterráneas, donde el paisaje rural presenta estructuras históricamente muy elaboradas, existe el peligro de una degradación cualitativa. Se trata de algo que ya se puede advertir en las primeras fases de la periurbanización con crecimiento desequilibrado de los asentamientos «rururbanos» y de las formaciones lineales según los ejes viarios principales. Una degradación como ésta se hace cada vez más evidente con la excesiva densificación que, al reducir progresivamente los espacios abiertos, lleva a la eliminación del paisaje rural originario. Este proceso va acompañado de la desarticulación de los tejidos urbanos y territoriales históricamente consolidados, cuyos ricos «legados» materiales y culturales dejan de ser las matrices generadoras de nuevos desarrollos en los asentamientos, reduciéndose a un cierto hallazgo fósil aislado y protegido, en un contexto dominado por dinámicas exógenas.

Por todos estos motivos, la periurbanización y la forma de la «ciudad difusa» son procesos que pueden ser controlados. Pero para controlarlos hay que pensar ante todo que se trata de algo estructuralmente nuevo y no de una simple dilatación de las viejas periferias urbanas a escala regional.

### **III. La desconcentración urbana como fenómeno estructural**

El análisis de la contraurbanización y el modelo del «ciclo de vida de las ciudades» ha permitido recoger y confrontar datos sobre regiones y países diferentes, encontrando ciertas regularidades inesperadas que requerían una interpretación. Un primer paso en esta dirección ha consistido en la caracterización de las unidades territoriales pertinentes, es decir, los ámbitos y las escalas geográficas significativas. En particular es importante distinguir entre la escala de decenas y de centenas de kilómetros. A la primera pertenecen aquellas que se han denominado regiones o sistemas funcionales urbanos. Se trata de los ámbitos de vida, de movilidad pendular cotidiana y de movilidad residencial de quienes viven y trabajan en un territorio urbanizado. A estos ámbitos les corresponden mercados laborales y de servicios geográficamente distintos. Sin embargo, al poder tener un diámetro de diversas decenas de kilómetros, y al estar por tanto articulados en más centros de variadas dimensiones, son el equivalente, en la época del automóvil y de los medios de comunicación rápidos, de lo que era el ámbito de un municipio urbano cuando se circulaba a pie o en carruajes.

Este salto de escala debido a las nuevas formas de movilidad territorial de las familias hace que los desplazamientos demográficos relevantes dentro de una región funcional urbana tengan el mismo significado de aquellos que en el pasado se daban entre los barrios de un único centro urbano. Resulta evidente por tanto que el crecimiento de los centros menores o de los municipios rurales comprendidos en un sistema territorial de este tipo se atribuya a la región urbana en su conjunto y no pueda entenderse como una contraurbanización, así como resulta también impropio hablar de desurbanización sólo porque algún centro de ese mismo sistema se encuentra en fase de decadencia, aun en el caso de que se trate del centro principal. Si la redistribución geográfica de la población se limitara a estos ámbitos, la contraurbanización sería entonces una especie de ilusión óptica, debida a un error de escala de nuestras observaciones.

Muy distinto es su significado si el crecimiento demográfico se redistribuye entre sistemas urbanos y territoriales diferentes, moviéndonos en una escala de centenares de kilómetros. En este sentido, si la variabilidad regional de los saldos naturales es débil y si excluimos algunas áreas de inmigración de jubilados, debemos concluir que la variación demográfica depende de una redistribución de los puestos de trabajo. Si además este fenómeno se generaliza, cabe suponer que se está produciendo alguna mutación importante en las localizaciones de las empresas. En particular, si la ocupación crece en los sistemas urbanos territoriales menores con menoscabo de los metropolitanos, cabe hablar de una desconcentración efectiva, es decir, de algo diferente del mero crecimiento en mancha de aceite de las áreas metropolitanas.

En realidad, el mayor crecimiento de los sistemas menores y periféricos deriva del saldo de dos movimientos: uno de descentralización (es decir, puestos de trabajo durante un tiempo localizados o localizables en los sistemas metropolitanos que se trasladan o se crean *ex novo* en los sistemas menores) y un movimiento de centralización que afecta al desarrollo en los centros metropolitanos de nuevos puestos de trabajo, en la mayoría de los casos ligados a una actividad muy cualificada, no presentes, al menos por ahora, en los sistemas menores. En otras palabras, no se pasa sólo de la polarización a la descentralización, sino también de una fase de polarización poco selectiva, que afectaba a las actividades industriales de alta intensidad de trabajo poco cualificado, a una fase mucho más selectiva.

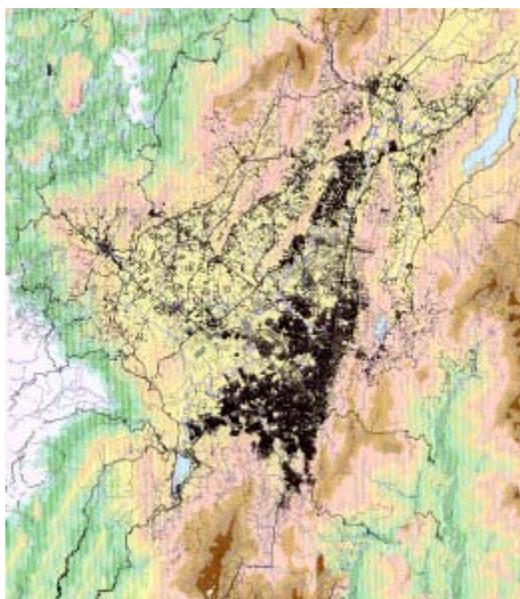
El hecho de que la población de las ciudades «centrales» mayores y de algunas áreas metropolitanas disminuya no es entonces una regla fija y general. En situaciones metropolitanas particularmente dinámicas, donde la ocupación industrial hace ya tiempo que se había redimensionado, el crecimiento de nuevos empleos y de las nuevas clases sociales puede dar lugar a una recuperación demográfica en las mismas áreas metropolitanas centrales. Y viceversa, allí donde tenemos políticas urbanas débiles, grandes herencias de reconversión industrial y ambiental y un abanico de funciones metropolitanas restringido, se pueden dar situaciones de declive o de estancamiento demográfico aun en presencia de una fuerte dinámica, también ocupacional, de los sectores avanzados.

Según esta interpretación, la desconcentración y la contraurbanización a escala suprarregional observadas en el último cuarto de siglo se relacionan con los procesos de reestructuración económica que han actuado a escala global. Esto explicaría entre otras cosas la aparición casi contemporánea del fenómeno en todos los países y las regiones industrializadas.

Si examinamos las modalidades del desarrollo regional periférico de los años setenta, vemos que junto a factores puramente coyunturales han intervenido otros de tipo estructural, con efectos territoriales no reversibles. Me refiero tanto a las innovaciones de carácter tecnológico y organizativo que han permitido una articulación más estrecha de carácter territorial de las empresas multilocalizadas, como al nivel de infraestructuración material y social alcanzado por una gran parte del territorio en los países industrializados, nivel que ha permitido una mayor difusión de las actividades económicas en el territorio. Estos dos órdenes de factores han comenzado a actuar conjuntamente desde finales de la década de los sesenta, con el efecto de extender a los sistemas urbanos menores aquellos campos de externalidad que en la primera mitad del siglo se habían desarrollado en forma de mancha de aceite alrededor de las ciudades principales, originando, en este período, las áreas metropolitanas de forma compacta. Actualmente los nuevos campos de externalidad no tienen ya una forma de área compacta, ni un radio tan limitado, sino que se configuran como retículas articuladas en centros y sistemas urbanos pequeños o grandes, en extensiones territoriales macrorregionales (figs. 1 y 2). El hecho de que, contemporáneamente a la formación de estos campos de externalidad extensos, se hayan realizado nuevas externalidades metropolitanas favorables al desarrollo concentrado de actividades terciarias superiores y de tecnologías avanzadas, no sólo no obstaculiza la descentralización en forma de red de muchas de las viejas actividades metropolitanas, sino que más bien la facilita mediante mecanismos de *filtering down*.

Sería entonces esta desconcentración funcional la que crearía lo periurbano y la «ciudad difusa». De hecho, ésta se distinguiría de la simple difusión urbana y de la «urbanización del campo» porque está dotada de una estructura funcional urbana autónoma que le es propia. Incluso en el caso de que la dependencia jerárquica entre el nivel metropolitano y el de los sistemas urbanos menores permanezca y tal vez se refuerce, tal dependencia se basa hoy bastante más en las diferencias cualitativas que en las cuantitativas. Esto explica la razón por la que se pueden dar contemporáneamente desarrollos demográficos fuertes, ya sea en sistemas urbanos menores, ya sea en sistemas metropolitanos, independientemente de aquellos factores de distancia y de dimensión de los asentamientos que en el pasado, y todavía en la fase más reciente de contra-urbanización, podían parecer decisivos. En la actualidad, todo centro, en tanto que nodo de una ecumenópolis tendencial reticular, crece, se estanca o entra en declive según sus especializaciones, de la naturaleza de los intercambios que tiene con otros nodos de la red o de sus condiciones ambientales locales. Entre éstas revisten particular importancia las culturales, que forman el sustrato de la continuidad y de la innovación.

A fin de hacer representables esta nueva dinámica y las formas espaciales que se derivan de la misma es preciso sustituir la idea clásica de posición geográfica relativa o absoluta, que se refiere a un espacio continuo y homogéneo, por la posición relacional, que hace referencia a otro tipo de espacio virtual, discontinuo y heterogéneo. Se trata de un espacio cuyas características varían de un lugar a otro según la disposición y superposición de las diversas redes de relaciones económicas, culturales y políticas que atraviesan cada lugar. Esto significa que todo lugar y todo sujeto localizado puede pertenecer contemporáneamente a redes diferentes, que interactúan a escalas distintas.



**Bogotá**

Si queremos identificar la periurbanización y la «ciudad difusa» con las nuevas periferias urbanas, hemos de reconocer su diferencia respecto de las periferias urbanas de la fase precedente, diferencia que no radica sólo en la forma (baja densidad, viviendas unifamiliares o pareadas, tramas reticulares...) sino también en las modalidades de organización territorial, de composiciones sociales y de desarrollo. Más en general, esta diferencia entre viejas y nuevas periferias se adscribe al gran cambio que se ha producido entre los años 1960 y 1970 en los países industrializados (con consecuencias de carácter indirecto a escala planetaria), marcado por el tránsito de la organización y la regulación social denominada «fordista» a la «posfordista», caracterizada por la relajación de las relaciones jerárquicas, por la flexibilidad de la organización productiva y del trabajo, por la multiplicación de las conexiones horizontales y por la aparición consiguiente de las identidades o especificidades locales como otras tantas «ventajas competitivas», en un contexto tendencialmente global.

#### **IV. Viejas y nuevas imágenes de las periferias urbanas**

Si examinamos la prolija literatura especializada sobre las periferias urbanas entre los años 1950 y la década de 1980 encontramos muchas definiciones más o menos explícitas, que corresponden a una imagen en conjunto negativa.<sup>10</sup> El criterio lateral de la *posición* topográfica (la periferia comprendida como parte de la ciudad que rodea al centro) se carga de significados valorativos cuando se convierte en metáfora de *dominación* (el centro que decide y controla) y de *dependencia* (la periferia que se estructura pasivamente en función del centro, alojando aquello que el centro rechaza). También el criterio residual, según el cual la periferia no es una verdadera ciudad, ni verdadero campo, no es meramente descriptivo sino valorativo, en tanto que, especialmente en los países mediterráneos, sugiere la imagen de un área en la que tanto los valores generalmente asociados al hecho urbano como aquellos propios de la cualidad medioambiental son mínimos. Una imagen negativa de este tipo queda explicitada en las definiciones de la periferia como *no-centro*, por consiguiente como espacio carente de los valores de la centralidad. La misma idea se halla presente —aunque tal vez lo sea en una forma menos radical— en aquellas definiciones que consideran los valores urbanos como *gradientes negativos* que, de las puntas más elevadas del centro, decaen más o menos gradualmente hacia la periferia. Esta última se reduciría por ello a un espacio cuyas cualidades nunca pueden alcanzar las del centro, aunque intenta hacerlo continuamente en un empeño inútil. Por si eso no bastara, en muchos casos las periferias de las grandes ciudades se han concebido como espacios donde las *patologías urbanas* y las desvalorizaciones son máximas: la degradación física y social, la marginalidad, la exclusión, la desviación.

Además de estas formas aparentemente objetivas (en realidad metafóricas y valorativas) las periferias urbanas se han definido también a partir de las valorizaciones y de los comportamientos de los sujetos, y una vez más lo

han sido en términos prevalentemente negativos. El criterio de la deseabilidad se ha utilizado por ejemplo para definir las periferias como lugares que la gente habita por necesidad, al no tener la posibilidad de vivir en otro lugar; al considerar luego la vivencia cotidiana se han relacionado como lugares donde o no se vive o se vive una vida alienada, es decir, lugares donde sólo se duerme, se trabaja, se pasa (yendo y viniendo del centro o al salir de la ciudad); espacios, por consiguiente, que no producen identidad, ni sentido de pertenencia ni enraizamiento en quienes los habitan. Quienes han buscado explicaciones, o cuando menos justificaciones, a estas imágenes negativas, a menudo se han referido a la historia. Así, la escasa cualidad formal, la repetición sin orden ni concierto, la atopía (el espacio sin «lugares»), la falta de identidad, se han asociado con los tiempos demasiado rápidos del crecimiento periférico, que no habrían permitido la sedimentación de las cualidades culturales, sociales y estéticas características de la ciudad tradicional, representada por el centro. Otros relacionan la falta de cualidad con el período histórico en que las periferias se formaron, un período dominado por procesos homologados típicos del capitalismo industrial y de la economía monetaria que, como ya observara G. Simmel a propósito de la metrópolis moderna, «reduce toda cualidad y peculiaridad a la cuestión de la mera cantidad».11 Las periferias serían entonces la expresión negativa de la modernidad urbana que, sin embargo, algún aspecto positivo deben de haber tenido, si en el último siglo y medio ha inducido a algunos miles de millones de hombres y mujeres a adentrarse en esos lugares tan despreciados, teniendo en cuenta que ése era para ellos el único modo posible de pasar de la premodernidad de la vida rural a la modernidad, representada precisamente por la metrópolis.

Todo esto nos hace reflexionar sobre el hecho de que hasta hace poco tiempo, al menos en Europa, la imagen negativa de la periferia urbana ha sido producida por una cultura hegemónica cuyos representantes se identificaban sobre todo con el centro, donde solían habitar. Esto era posible, todavía y especialmente, en la fase fordista, en la que la estructura jerárquica y clasista de las relaciones sociales hacía, en este caso, que se representaran bien en la oposición ideológica entre el centro (las clases burguesas) y la periferia (las clases proletarias y subproletarias). La fase posfordista más reciente, al hacer más compleja la composición y la geografía social de la ciudad, ha reducido mucho la eficacia de la metonimia social centro-periferia.

Tal como muestra el cuadro 1, las nuevas periferias actualmente no se definen ya de un modo negativo respecto al centro. En las preferencias de los sujetos que las escogen y las habitan, éstas presentan cualidades medioambientales que el centro no tiene (entonces, los gradientes negativos van ahora también de la periferia al centro) y en los espacios reticulares de la ciudad difusa se reduce también mucho la vieja dependencia del centro metropolitano como lugar de trabajo y de los servicios cualificados, en cuanto que, con la difusión de uno y otros en el territorio periurbano y en la «ciudad difusa», éstos, convertidos en sistemas urbanos reticulares autónomos, se presentan hoy como «periferias sin centro».

Además de la cualidad medioambiental y la autonomía respecto a los centros metropolitanos, las nuevas periferias revelan cada vez más otro carácter positivo: el de ser los «laboratorios» sociales y territoriales en los que se experimentan innovaciones y cambios importantes en la forma de habitar, en los estilos de vida, en las relaciones sociales y asimismo en los movimientos políticos.12 Pero esto también se podría afirmar de las viejas periferias fordistas que, como lugar ejemplar del conflicto capital-trabajo, han producido también su mediación, es decir, el «pacto social» del *welfare state*. Y si queremos remontarnos más en el tiempo podemos decir que la misma revolución industrial ha sido, en la Inglaterra del siglo xviii, un hecho esencialmente «periférico» y sustancialmente antiurbano, en conflicto con el orden corporativo que tenía en las ciudades sus centros de poder. Siguiendo esta tónica se llega a invertir completamente la imagen negativa de la periferia, afirmando que durante los últimos años la periferia ha sido metrópolis, en el sentido etimológico de ciudad-madre (*métér-polis*), generadora de nuevos modelos culturales, sociales y políticos. Aquello que hoy es nuevo y significativo no es, entonces, el hecho de que la periferia desempeñe este papel, sino que comience a serle generalmente reconocido, que esté con- virtiéndose en un elemento constitutivo de su imagen. ¿Signo tal vez de que la hegemonía social y cultural se está desplazando de las viejas élites enrocadas en los centros históricos de las grandes ciudades a las nuevas élites emergentes en los espacios urbanos periféricos? Es pronto aún para afirmarlo, pero, con todo, una cosa parece a partir de ahora cierta: que la globalización, entendida como acceso directo a las redes globales de los intercambios y de la información, no es ya una prerrogativa de los grandes centros urbanos, sino que está ahora ya al alcance de los sistemas territoriales periféricos y de sus actores locales. Por ejemplo, una imagen reciente ha revelado que 415 de los 784 sistemas funcionales urbanos reconocibles en Italia a principios de la década de 1990 presentan funciones internacionales significativas,13 con una presencia particularmente elevada en las áreas periurbanas de la «ciudad difusa».

## V. Hacia políticas de red

En conclusión, se puede afirmar que hasta la revolución industrial las periferias urbanas han sido los lugares de la innovación y del cambio, pero sólo recientemente esta vocación «metropolitana» ha empezado a abrirse camino como valor positivo en el imaginario social, que lo considera como atributo fundamental de las «nuevas periferias». Esto sucede precisamente cuando los dos caminos principales históricos de la suburbanización occidental europea —el anglosajón y el latino-mediterráneo— acaban *convergiendo* en un único modelo, que bajo una diversidad de denominaciones (ciudad difusa, periurbanización, ciudad reticular) presenta en toda Europa caracteres comunes e innovadores. En particular, la «nueva periferia» de las décadas de 1980 y de 1990 aparece como la «ciudad sin centro» que deriva de la interconexión física y funcional de los lugares y de los sistemas urbanos que conservan y potencian la propia identidad, porque ven en la misma un recurso que pueden hacer valer en la competición global. La imagen de las nuevas periferias es entonces compleja: en la escala *macro* aparece una única gran estructura difusora en forma de red, mientras que en la escala *micro* cada «nodo» de esta red revela caracteres específicos, identidades particulares y, por tanto, principios de organización espacial característicos de la misma. Los modelos generales aptos para describir estas nuevas realidades territoriales y sociales son precisamente aquellos de los sistemas complejos, de la autoorganización, de la autopoiesis.<sup>14</sup>

Todo ello tiene consecuencias notables en el modo de concebir las políticas urbanas y la misma planificación urbanística. Aunque este aspecto se aparta del tema aquí abordado, no se puede dejar de hacer referencia al mismo en tanto que el gobierno de las «nuevas periferias» es probablemente la cuestión en la que se decide el futuro urbano de Europa. Desde este punto de vista, el tránsito a la fase posfordista no sólo ha comportado un cambio de imagen. La globalización ha vuelto ineficaz tanto el control territorial directo por parte de la administración pública (del municipio al Estado) como la estructura jerárquica a través de la cual ese control se había ejercido tradicionalmente. La posibilidad de los sujetos locales de establecer entre sí relaciones horizontales directas, que superan cualquier confín geográfico, sustrae su funcionamiento territorial de los controles tradicionales. Por otro lado, las redes de interacciones globales que así se forman, deben encontrar lugares de interconexión y «arraigo» en medios locales como fuentes de externalidad. En un mundo donde todo parece deslocalizado, la localización de los asentamientos y el uso del suelo continúan así siendo cuestiones decisivas que ningún sujeto, ni público ni privado, consigue por sí sólo controlar. Las nuevas formas de la ciudad-red imponen entonces nuevas formas de programación de los asentamientos, no ya simplemente basados en la autoridad ni racional-comprensivos, sino interactivos, empresariales, contractuales, capaces de conectar entre sí a los actores y sujetos pertenecientes a «redes» diferentes, para la realización de proyectos comunes a una escala territorial local. Las políticas urbanas pasan a ser así también reticulares y conectivas, como la «ciudad sin centro» que deben gobernar.

---

### **bibliografía autores**

Francisco Javier Monclús Fraga (Zaragoza, 1951)

Arquitecto, (1978) y Doctor arquitecto (1985). Profesor titular de la Escola Tècnica Superior d'Arquitectura del Vallès, Departamento de urbanística y ordenación del territorio (Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona). Redactor y consultor en diversos trabajos de planeamiento y proyectos urbanísticos. Miembro del Consejo de la International Planning History Society, de la Asociación de Geógrafos Españoles y de los consejos de redacción de las revistas *Planning Perspectives* (desde 1990) e *Historia Urbana* (desde 1991). Autor de diversos estudios sobre teoría urbanística, colonización agraria en España y ordenación del territorio, transporte y crecimiento urbano e historia urbana en ciudades españolas —especialmente sobre Zaragoza y Barcelona—, publicados en revistas especializadas de geografía, arquitectura y urbanismo (*Ciudad y Territorio*, *Planning Perspectives*, *Historia Urbana*, etc.), así como en varios libros de los cuales es coautor, como *Políticas y técnicas en la ordenación del espacio rural* (con J. L. Oyón, 1988), o codirector y colaborador, como *Atlas Histórico de Ciudades Europeas*, vol. I, *Península Ibérica*, CCCB-Salvat, Barcelona 1994; vol. II, *Francia*, CCCB-Salvat, Barcelona 1996.

## Giuseppe Dematteis (Cagliari, 1935)

Diplomado en ciencias políticas por la Universidad de Turín. Ha enseñado geografía económica en el Ateneo torinese entre 1968 y 1982. Después, geografía urbana y regional en la Facultad de Arquitectura del Politecnico di Torino, donde ha sido director del Dipartimento Interateneo Territorio. Ha efectuado estancias durante algunos períodos en el extranjero: London School of Economics de Londres, la Sorbonne de París, la U.C. de Berkeley y la Universidad de Toronto. Es miembro de varias sociedades científicas, entre las cuales la Società Italiana degli Economisti y la Società Italiana degli Urbanisti. Ha sido vicepresidente de la Asociación de geógrafos italianos.

Entre sus obras, destacan: *L'Italia emergente*, Milán 1983; *Le metafore della Terra*, Milán 1985; *Il fenomeno urbano in Italia*, Milán 1992; *Urban networks*, Bolonia 1995; *Progetto implicito*, Milán 1995 y (en preparación) *Il sistema urbano italiano nel contesto europeo*.